

«Las arrugas de la piel son ese algo indescriptible que procede del alma».

SIMONE DE BEAUVOIR

«El que no sabe aullar no encontrará su manada».

CLARISSA PINKOLA

«Digan lo que digan, la Tierra se mueve».

GALILEO GALILEI

I

Una ráfaga de viento huracanado las arrojó al suelo sin tiempo de frenar la caída.

—¿Estáis bien?

Las niñas miraron a su madre sin contestar, con los ojos bien abiertos y cierta insatisfacción. La pequeña Adele levantó una mano llena de barro. Kate huyó del barrizal de un salto y descargó toda su rabia, gritándole a ese viento endemoniado una infinidad de exabruptos. Aprovechó para cargar contra su madre y rebelarse una vez más por estar allí, en contra de su voluntad.

—*This is a shit and you know it!**

No era el lugar más adecuado para un rifirrafe con Kate, estaba cansada por el largo viaje y hasta el moño de

* —Esto es una mierda y lo sabes.

escuchar a su hija protestar por todo desde que salieron de Nueva York. ¡Cierto! No había sido el mejor de los comienzos, pero se negaba a que fuera el presagio de su estancia en aquel remoto lugar. Se levantó, sacudiéndose con dignidad el vestido empapado de barro, agarró la maleta y, contra el viento, reanudó la marcha. ¡Cierto! Iban demasiado cargadas, con unas maletas poco adecuadas para caminos de tierra y excesivamente pizpiretas para un lugar como ese, que olía a excremento de animal. Kate y Adele tardaron en reaccionar, pero al ver que su madre se alejaba y las dejaba en medio de aquel descampado, reemprendieron la marcha. Kate terminó cargando con la maleta de su hermana; la pequeña siempre conseguía sacar lo mejor de ella. Era su debilidad y no podía verla sufrir. Avanzaron por una carretera asfaltada de doble dirección, por donde pasaban los coches a toda velocidad.

— ¡Kate! No sueltes a tu hermana y cuidado con los coches. ¿Me haaaas oíido?

El viento suspendió en el aire las protestas estériles de Kate. De nada le había servido toda la cadena de argumentos para evitar estar allí, con su hermana y su madre, lejos de sus amigas, de su casa, de su habitación y de sus Gotham Girls. Eso era lo que más le había dolido: apenas haber podido despedirse de sus compañeras y dejarlas en la estacada durante una semana. «*Just one week, mom!*»*. No poder estar con ellas en el próximo partido de la Roller Derby Junior League y... si la cosa se alargaba en ese infame lugar... ¡se piraba!

* «¡Solo una semana, mamá!».

Kate era una *Jamer*, una de las corredoras y anotadoras imprescindibles para el equipo. Para ella llevar la estrella en el casco era ser líder y una líder... ¡nunca abandona a su manada! Su madre ni la entendía ni le interesaba la *Roller Derby*, un deporte bruto, poco bello, en el que mujeres en patines se dedican a correr por una pista oval y a darse empujones y codazos para evitar que el contrario llegue a puerto. A Adele en cambio le divertía ver a su hermana, pero algunas de sus amigas le caían un poco mal porque tenían cara de perro rabioso. Kate adoraba sus *rollers* y se sentía frustrada por la fuga repentina, el abandono imperdonable, y aún más al verse en aquel lugar inhóspito, tan poco amigable.

Adele sentía la rabia de Kate por cómo le estrujaba sin control la mano hasta dolerle. Aunque admiraba a su hermana, le costaba entender que viviera en permanente pelea con su madre. Ella tampoco estaba convencida de aquella aventura, apenas entendía qué hacían tan lejos de casa, pero era una pequeña *scout* y... ¡los *scouts* no se rinden a la primera! No formaba parte de ningún grupo, pero soñaba con ser una exploradora y descubrir lugares nuevos con tesoros escondidos y animales extraños. Adele vivía en la fantasía y todo lo miraba con el prisma de su gran imaginación. Siempre estaba en las nubes o devorando un libro sobre planetas desconocidos.

Gala se detuvo a esperarlas. Tan distintas y tan suyas al mismo tiempo. Dudaba de si había sido una buena idea llevárselas consigo y no haberlas dejado con Frederick. Aquel lugar inhóspito, lleno de casas de piedra vieja con

apariencia de estar semiabandonadas, con las ventanas cerradas, sin nadie por la calle... ¿Dónde las había metido? En aquella ocasión, su terquedad quizá la había llevado demasiado lejos. Frederick ya le dijo que se fuera ella sola y dejara a las niñas en paz. Pero se negó en redondo a dejarlas, a abandonarlas, a que su marido se ocupara de ellas contratando canguros porque siempre carecía de tiempo para sus hijas. Se había casado con un *workaholic* que no tenía la menor intención de curarse. El trabajo era lo más importante, su cuerpo lo segundo, lo tercero sus hijas y, en cuarto lugar, ella. La cuidaba, la amaba en la cama, pero a veces no soportaba a Don Pluscuamperfecto y sus sermones de ética y moralidad. Él podía ser el doctor Frederick Donovan, pero ella era una Marlborough, oriunda de Boston, rica y educada para gobernar y no ser gobernada.

—*So... what?**

Miró a sus hijas, que descansaban, sentadas en sus maletas. Kate seguía empeñada en no hablar el castellano con ella, pero ese era el idioma de su abuelo y era la ocasión perfecta para aprovechar el viaje y ¡practicarlo!

—Ahora vamos a buscar la Casa Xatart, la casa de mi tía abuela.

Lo dijo desafiante, con su mejor acento y sin un atisbo de duda en sus palabras. El cielo, a modo de presagio, se había tornado de un rojo anaranjado. Kate estaba a punto de conseguir sacarla de sus casillas. Respiró profundamente y dejó que la fuerza del viento se llevara la ira. No

* —Y... ¿qué?

vio nada de bello en esos tules de nube sedosa que adornaban el cielo, no vio belleza en aquella tierra que tenía algo de ella, aunque fuera tan lejano y desconocido.

¡La Muga! La tierra donde había nacido su padre...

Adele le tomó la mano y tiró de ella señalando una casa al fondo, con una verja enorme y una cenefa de baldosas incrustada en la pared que rezaba «Can Xatart». Las tres se acercaron lo más deprisa que el viento les permitió. Kate abandonó su maleta a medio camino para esprintar y ser la primera en llegar. Se agarró a los barrotes y metió el hocico para ver cuál iba a ser su terrible realidad. Apenas un jardín con una gran enredadera trepadora que vestía parte de las paredes y, al final, una puerta de madera carcomida que daba a la entrada de la casa. ¡Habían llegado! Adele soltó a su madre y miró boquiabierta todo aquel mundo nuevo por descubrir. Kate, al igual que su madre, no daba crédito al ver el lugar en el que se habían metido. La miró de reojo y la vio tan angustiada que decidió bajar la cabeza y dejar por unos instantes la queja.

«¿Quién querría comprar esa casucha de piedra y medio en ruinas?», fue su primer pensamiento, y sabía que su madre estaba en lo mismo. ¿Aquello valía tanto dinero? Kate no sabía de casas ni le interesaban lo más mínimo, pero comenzaba a sospechar que una semana era demasiado poco tiempo para resolver todo el rollo de la herencia de la tía abuela de su madre, mujer de la que nunca había oído hablar. Ni de Amelia Xatart, ni de aquel lugar, ni siquiera de su abuelo, que murió cuando su madre apenas tenía cinco años.

Kate entró con los ojos borrachos de sueño y saturada por su propia negación a estar allí. Todo le parecía espantoso, demasiado para descubrirlo a esas horas. No quiso ver nada de la casa, ni siquiera detenerse a comer recostada en cualquier silla pulgosa. Apenas tenían unos bocadillos que su madre había comprado en el aeropuerto. Estaba noqueada, sobrepasada por aquella infame realidad. Adele, en cambio, devoró el bocadillo primero y cayó al instante después. ¡Instintos primarios! Kate se fue con su hermana a la cama, sin despedirse, sin desearle buenas noches a su madre. Tampoco la mandó al infierno; no le hizo falta, porque aquel lugar se le parecía mucho.

Gala se quedó en la planta baja, a la luz de un viejo candil, sentada en un magullado sillón orejero con la mirada congelada y el cuerpo encogido por el frío y la impresión de aquel lugar. No recordaba el tiempo que estuvo sin aliento, solo cómo un dolor intenso en la mandíbula le hizo salir de su estado de estupefacción. Había apretado los dientes hasta casi partirse una muela de la tensión acumulada.

— *What the hell am I doing here?**

Es lo que pasa por dejarse llevar por las señales y olvidarse de la lógica aplastante. Cualquiera en su sano juicio habría meditado la idea de salir zumbando de Nueva York con sus dos hijas en menos de cuarenta y ocho horas rumbo a un lugar llamado La Muga, un pueblucho al este de España de menos de trescientos habitantes, cerca de la frontera con Francia. Pero se dejó guiar por una fecha: 12 del 12 de 2012, y una llamada inesperada.

* —¿Qué demonios estoy haciendo aquí?

El mismo día que recibió la llamada se levantó con una extraña sensación premonitoria, como si algo bueno le tuviera que ocurrir. No cambió sus rutinas, hizo exactamente lo mismo que el día anterior y el otro y el otro. Pero se sentía distinta, con una energía diferente y, sobre todo, expectante. Desde pequeña, siempre se había dejado llevar por las señales y, aunque más que beneficiarla la mayoría de las veces la habían perjudicado, Gala era supersticiosa y no podía evitarlo. Por suerte, esos fogonazos de ceguera de la razón le sucedían con suficiente distancia temporal como para que los demás, lejos de preocuparse, se lo tomaran como una pequeña excentricidad. Quizá en esta ocasión había ido demasiado lejos con las dichas señales.

Por la tarde, a punto de ir a recoger a las niñas al colegio, instantes antes de salir... sonó el teléfono varias veces. Gala lo ignoró hasta que saltó el contestador.

— *Good afternoon... Mmm... I'm Robert Riudaneu, Amelia Xatart's aunt... torney. I need to get... mmm... in touch with Gala Marlborough Xatart in relation to... mmm... her great aunt. She is... deceased... mmm... and Mrs Marlborough is her most immediate family. Please...*

— *Hello? Oh... Hi... yes, yes... I'm Gala Marlborough.**

* — Buenas tardes... Mmm... Soy Robert Riudaneu, aaa... bogado de Amelia Xatart. Necesito ponerme... mmm... en contacto con Gala Marlborough Xatart en relación con... mmm... con su tía abuela. Ella ha... fallecido... mmm... y Mrs. Marlborough es su familiar más directo. Por favor...

— ¿Hola? Oh... Hola... sí, sí... Soy Gala Marlborough.

El primer minuto de conversación rozó el surrealismo. Gala apenas entendía nada de lo que trataba de contarle aquel hombre. Hablaba con un acento extraño y los nervios de aquella situación le trababan la concentración. Todo fue confuso hasta que tuvo un momento de lucidez.

—¿Prefiere que hablemos en castellano? Lo hablo y entiendo perfectamente.

Gala lo había estudiado de pequeña y, aunque su acento la delataba, podía mantener una conversación sin un atisbo de duda en el habla. En cuanto empezó a comprender, sintió que los planetas se alineaban y que su energía premonitrice no había caído en saco roto. Amelia Xatart, una tía abuela de la que desconocía su existencia, había muerto hacía apenas unos días, dejando un testamento sellado. Ella resultaba ser la familiar directa más cercana. ¿Cómo era posible todo aquello? Sintió que una compuerta se abría con aquella llamada.

Después de morir su padre, cuando ella era muy pequeña, su madre decidió enterrar con él todos sus recuerdos y apenas consiguió que le contara que era un hombre de campo de un pueblecito y que lo dejó todo por amor. Alguna vez ciertos remordimientos le rasparon las entrañas por no indagar más sobre su padre, pero al fin y al cabo, según le había contado su madre, no había familiares vivos, solo un pueblo... ¡Nada más! Aquella llamada parecía cambiarlo todo. «¿Heredera?».

Desde la cuna, gozaba de una posición privilegiada: pertenecía a una de las familias más antiguas de Boston, era una Marlborough, una aristócrata, de uno de los pocos cla-

nes que habían sabido conservar, con el paso de los años, las tres *P*: Posición, Prestigio y Posesiones. Los Marlborough eran apreciados, temidos, pero sobre todo infinitamente ricos. Ella era la única heredera de Julianne Marlborough, su madre. Al casarse con Frederick, desobedeciendo a la matriarca, rompió la regla de oro de los Marlborough: contraer matrimonios de conveniencia. Al fin y al cabo, su madre había hecho lo mismo, se había casado con un campesino, ganándose para siempre el desprecio de buena parte de los Marlborough. Su madre asistió a la boda, pero poco más. El mismo día de su enlace decidió que nadie gobernaría su vida: ni los Marlborough ni su marido, el reputadísimo cirujano plástico Frederick Donovan. Con el paso de los años se percató de un sutil error de cálculo: nada había cambiado, porque seguía siendo una dependiente. Dependía económicamente de su marido, como lo había hecho antes de su madre. Desde que Adele cumplió cinco años, Gala se empeñó en montar su propio negocio, en trabajar, en ser autónoma, en sacar a relucir su talento. Le presentó a Frederick una docena de ideas de negocio: desde una *bakery & tea shop* hasta un excéntrico club privado para mujeres donde debatir, hacer cursos, compartir libros y confidencias con otras *housewives* desesperadas por hacer de su vida algo más que criar a los niños. Los noes de Frederick, lejos de desanimarla, la hicieron más fuerte. Ella era licenciada en Artes y Humanidades por la prestigiosa Universidad de Harvard y, aunque jamás había puesto en práctica sus conocimientos, ahí estaban, y no dudaba de que encontraría la manera de mostrarlos al mundo, a pesar de las negativas de Don Pluscuamperfecto.

Aquella llamada la dejó empañada de sueños. Ese fue uno de esos días en los que el GPS integrado demostró su utilidad. Con la mente en otro lugar y las manos en el volante, sin saber cuánto tiempo ni cómo, sin saber apenas nada, llegó a la Brearley School con algo más de diez minutos de retraso. Allí la esperaban Kate y Adele, cada una con una actitud diferente, cada una con su personalidad. Adele seguía entusiasmada con la asignatura de Teatro, había descubierto el poder de la oratoria y disfrutaba disfrazándose. Kate solo pensaba en las Gotham Girls y la Roller Derby League, un deporte que poco tenía que ver con ser una Brearley Girl, pero había sido una promesa y su premio por ser una de las mejores alumnas de su clase. Kate era tan inteligente como diferente, y eso era todo un problema a partes iguales.

Llegaban tarde al Instituto Cervantes de Nueva York, apenas diez minutos en coche hasta el 211 de la calle Cuarenta y nueve Este, pero el tráfico en la Gran Manzana, aparte de insoportable, es para adinerados y valientes. Aunque Gala no era demasiado talentosa al volante, se empeñaba todos los lunes en llevar a las niñas a clase de español. Era su tarde para la fotografía en el International Center of Photography en el 1133 de la Sexta Avenida, a poco menos de quince minutos andando por Midtown West. Eran sus tardes de arte, de café y *bagels*. ¡Le encantaban los *bagels* de pan de amapola con requesón y salmón ahumado! Adoraba los lunes por la tarde, y ese en concreto más.

Dejó a las niñas y se quedó en la Bagel Shop. Necesitaba digerir aquella llamada. Necesitaba decidir si acudía

a la cita al otro lado del mundo el 12 del 12 de 2012 a las 12 de la mañana. Pronunciar, aunque fuera mentalmente, esa fecha le aceleraba el pulso. Un extraño colibrí eléctrico recorría su cuerpo de los pies a la cabeza. Aquella llamada podía cambiar su vida: solo necesitaba un golpe de valentía y hacer caso a su instinto. «¡La señal es para ciegos!». 12 del 12 de 2012 a las 12 de la mañana. Más claro, imposible, el último número redondo hasta dentro de noventa años. Nueve días antes de la fatídica fecha del fin del mundo que habían vaticinado los mayas. Todo parecía encajar en una especie de espiral sin fin ni sentido, pero presentía que podía dar un giro a su vida. «¡Al fin autónoma y con dinero propio para montar lo que yo quiera!». La cabeza le explotaba de emoción y vértigo al mismo tiempo. Tenía la absoluta certeza de que no la habrían llamado si no se tratara de una buena suma de dinero, y que resolver los trámites no le llevaría más de una semana. Tiempo para volver y pasar las Navidades en casa. Frederick tenía un par de operaciones en la clínica de Los Ángeles. Sintió que debía hacerlo, sin pedir permiso, sin apenas consultar ni hablar con nadie.

—A Frederick... ¡lo justo! A mi madre... ¡Mejor que no lo sepa!

Sentía su corazón bombear a límites de estallido. Hubiera deseado dejarse empapar por la lluvia, pasear descalza por Central Park, hacer un *plum cake* de pasas y nueces y comérselo de una tacada. Como su pequeña Adele, ella siempre había soñado con encontrar tesoros y lo curioso era que el tesoro... ¡había llamado a su puerta!

Miró la hora en su móvil: las seis menos veinte del 10 del 12 de 2012. Comenzaba la cuenta atrás para organizarse y llegar a tiempo a su cita con ese abogado del que ni siquiera se había apuntado el nombre. Aprovechó la aplicación de Google Earth que le había instalado su hija Kate en el móvil para fisgar el pueblo desde la distancia, nunca mejor dicho. No sabía ninguna calle, ni dirección, solo el nombre del pequeño pueblo: La Muga. «¿A cuántos kilómetros estamos de allí? ¿Cuál será el aeropuerto más cercano? ¿Cómo llegaremos al pueblo?». Volvió a mirar el reloj, apenas habían pasado unos minutos. A las seis en punto había quedado en hablar, un poco más tranquila, con el abogado. Tenía la cabeza a punto de explotar con tantas preguntas y dudas. Necesitaba confirmarle a aquel hombre que acudiría a la cita, para reafirmarse a sí misma y no venirse abajo. Necesitaba contarle a sus hijas que se iban de viaje, que esa misma noche debían preparar la maleta y ayudar a su madre a buscar un tesoro. «¡Quizá si lo explico como un juego se lo tomen mejor!». Cerró Google Earth antes de fisgar el pueblo, pensó que sería mejor no condicionarse por el aspecto del lugar. Al fin y al cabo, no iba para quedarse sino por el tesoro, por el dinero... ¡La herencia de su tía abuela!

Aprovechó bien ese tiempo antes de recoger a las niñas para apuntar todo lo que debía hacer antes de partir.

1. ¿Pasaporte? «En regla, en verano estuvimos en las Maldivas».

2. Billetes de avión y hotel. Solo necesitaba llamar a la agencia de viajes y que se lo organizaran. «¿Cuál es el aeropuerto más cercano? ¿Madrid?».

3. Llamar a la directora de la Brearley School y pedir permiso para que las niñas se ausenten hasta después de Navidades. «La muerte de un familiar es más que suficiente».

4. Maletas. «¿Qué llevarse? No hay tiempo para decidir demasiado. Mirar la temperatura y meter cuantas más cosas mejor».

5. ¿Vacunas? Por un momento se le paró el corazón. Dudó si para viajar a España se precisaba algún tipo de vacuna. El susto le duró tan solo unos segundos, el tiempo en que su mente tardó en subsanar el pequeño lapsus: aunque esté a un paso... España no es África sino Europa.

6. Frederick...

No le apetecía enfrentarse a eso, ni siquiera visualizar el momento en el que le contara a su marido que se iba una semana con sus hijas a recibir una herencia de un familiar desconocido.

Decidió aprovechar mejor el tiempo y lanzarse a por la segunda opción: llamar a la agencia y que le fueran preparando los billetes. Apenas duró cinco minutos la conversación, tenía el tiempo justo y Nathaly era lo suficientemente eficaz para pillarlo al vuelo. A las seis en punto. Bueno, a las seis y dos minutos para ser exactos (tuvo que proceder al vaciado completo del bolso para dar con el pape-lillo donde había anotado el número de teléfono del abogado de su tía abuela). Superado el percance, llamó y esperó con ansia la respuesta, carraspeando para evitar que, con los nervios, le fallara la voz a la primera.

—Gala Marlborough al teléfono. He quedado con...

No recordaba el nombre del abogado. Sintió cierta vergüenza por tal descuido, pero antes de percibir el calor de la subida de temperatura corporal, la voz la sacó de dudas desde el otro lado.

—Robert Riudaneu. Yo mismo, señora Marlborough. Hemos hablado hace apenas tres horas sobre el testamento de su tía abuela: Amelia Xatart.

Conversaron no más de veinte minutos. Tiempo suficiente para reorganizarse con la nueva situación y rebajar la tensión. Aquel joven parecía saber hacer muy bien su trabajo y lo tenía todo perfectamente planeado. Si ella lo deseaba, podía organizarle el viaje y no tener que ocuparse de nada.

—Es que voy a ir acompañada, ¿sabe? De mis dos hijas, Katherine y Adele.

No daba crédito a que incluso su tía abuela hubiera organizado el viaje. Eso dejaba bien claro que ella sí que sabía de su existencia, y demostraba cierto aprecio o delicadeza por su parte. Gala dudó si dejarse llevar por un desconocido y finalmente decidió declinar la oferta al cincuenta por ciento. Ella se encargaba de los billetes (bueno, Nathaly) y el señor Riudaneu de contratar un coche con chófer para que las llevara del aeropuerto al pueblo: La Muga.

—¿Quiere usted decir que lo más aconsejable es que me quede en la casa?

—Era el deseo de su tía abuela. Aunque... como usted desee, nadie la obliga a ello.

Estaba segura de que la comodidad la encontraría en un hotel de cuatro estrellas o más. Pero no dormir en la casa

le parecía una mala señal, y una descortesía ante la amabilidad de su difunta tía abuela que tan generosa había sido con ella. De nuevo Gala barajó el nivel de superstición y pensó que prefería la incomodidad al mal fario de una difunta.

—¡Decidido! Dormiremos en la casa. Al menos la primera noche. Si las niñas —eran una buena excusa para todo— no se sienten mal, nos quedaremos toda la semana.

—¿Una semana?

Gala percibió cierta sorpresa. Pero se había propuesto potenciar su seguridad y no dar rienda suelta a sus inseguridades. Así que no dio pie a comentario alguno sobre la duración de su estancia.

—Sí, una semana.

El señor Riudaneu entendió la seca respuesta y evitó comentario alguno al respecto. Antes de colgar, le comunicó una última cosa. Por motivos laborales, le iba a ser del todo imposible acudir a recibirlas. Con toda la amabilidad que hasta el momento le había caracterizado, enumeró infinidad de excusas hasta que Gala se cansó de escucharlas. Se encontrarían en un pueblo cercano, Perelada, el 12 del 12 de 2012 a las 12 del mediodía. Al despedirse, le deseó cortésmente buen viaje para ella y para sus hijas «Katherine y Adele». Le sorprendió que se acordara de sus nombres; definitivamente aquel hombre daba la impresión de ser un profesional.

Organizar el viaje resultó rápido y fácil. La auténtica pesadilla fue salir de su apartamento con sus dos hijas y serena. Lo segundo no lo consiguió, pero mereció la pena perder la compostura y salirse con la suya. Ella

era una Marlborough y, aunque la casa se estuviera incendiando, apenas perdía el tono. Pero aquella noche, en casa, terminó lanzándole la pizza a Don Pluscuamperfecto. ¡Sí! Fue una pizza de *pepperoni* y extra de mozzarella porque era lunes, y los lunes era día de pizza. Frederick tenía por costumbre no viajar en lunes y eso aumentaba las posibilidades de cenar todos juntos, aunque solo fuera una vez a la semana. Antes de que su marido llegara a casa, habló con Kate y Adele. Las reunió en el salón a las dos, las colocó en uno de los sofás, ella se sentó en el sillón otomano blanco de enfrente y esperó en silencio a que le llegara la frase más adecuada para soltar la bomba. Las niñas la miraban expectantes. Gala optó, en esa ocasión, por ser directa y escueta.

— *We are going to Spain for a week. On our own, without your father. We fly early tomorrow afternoon. Any questions before you start packing?*

— *Are you crazy? I'm not going anywhere!!!**

Kate mascaba chicle y casi se lo tragó al oír la noticia. También fue la primera en responder a su madre. Apenas gritó porque llevaba el susto en el cuerpo. ¡No podía perderse el primer partido de Playoffs! Era como preparar un pastel y no comerse ni una miga; o viajar a la playa y no bañarse. Kate encadenó insultos, ruegos y súplicas para evitar que su vida cayera en desgracia. Faltar a un partido de la ronda final de la Roller Derby League era abandonar a sus Gothams ¡en

* —Nos vamos a España una semana. Solas, sin vuestro padre. Volamos mañana a primera hora de la tarde. ¿Alguna pregunta antes de empezar a hacer las maletas?

—¿Estás loca? ¡¡¡Yo no me voy a ninguna parte!!!

el peor momento! Gala escuchaba a su hija como si oyera llover... ¡Ese endemoniado deporte la tenía abducida!

Adele se abstuvo, prefirió observar la escena. Aquello parecía el principio de una larga tormenta. Madre e hija se enzarzaron en una desordenada discusión que terminó cuando Kate, sobrellevada por la impotencia, se encerró en su habitación dando un portazo. Adele observó y prefirió dejar para el viaje todos los interrogantes menos uno.

— *Mom, where is Spain?**

Gala acarició la cara de su hija con delicadeza, la miró tiernamente a los ojos y soltó un profundo suspiro.

— *Not so far away, Del, not so far away.***

Le resultaba complicado situar los países en el mapa-mundi y, a pesar de que en el Instituto Cervantes le habían repetido hasta la saciedad dónde quedaba España, Adele vivía en su propio mundo regido por sus propias normas y a veces eso significaba no quedarse con lo básico y sí con lo más complejo. Adele se quedó más tranquila con la respuesta de Gala. A ella, cuanto más lejos, mejor, más por explorar. Antes de meterse en su habitación se giró hacia su madre y, con una sonrisa picarona al tiempo que dulce, alzó la mano derecha y extendió los dedos índice, corazón y anular.

— *Be prepared, mom.****

Gala imitó a su hija con el saludo de los *scouts* y, con la mano izquierda, se palmeó el corazón y repitió la frase:

* — Mamá, ¿dónde está España?

** — No tan lejos, Del, no tan lejos.

*** — Siempre lista, mamá.

«*Be prepared!*», uno de los lemas de los *scouts*: estar siempre listos para explorar.

Nathaly le avisó de que tenía tan solo una opción de vuelo si deseaba llegar a la cita del 12 del 12 de 2012 a las 12 de la mañana. La única alternativa era tomar el de las 8 de la mañana y aterrizar en Barcelona a las 0 horas del día 12 del 12 de 2012.

— *Oh, that's great!**

Nuevamente la fecha, de la otra única manera que podía encajar. Gala tuvo la certeza de que debía tomar ese avión y, aunque fuera un viaje largo y pesado, todo iba a ir rodado.

En cuanto colgó con Nathaly, entró en la habitación de Kate para hacer con ella la maleta, esa que su *teengirl* ni siquiera había sacado del armario. Su hija mayor estaba encima de la cama con los auriculares a todo volumen y los brazos cruzados. Cuando no hay tiempo para discutir ni negociar, lo mejor es tomar la iniciativa. Si algo detesta una adolescente es que alguien decida por ella qué ropa meter en la maleta. Gala no llevaba ni dos minutos con la faena cuando Kate se abalanzó sobre ella para evitar que su madre le metiera el jersey gris con un árbol de Navidad gigante en el centro que cumplía un año en el armario con la etiqueta puesta. Su abuela Julianne se lo había regalado las Navidades pasadas y casi lo descuartiza allí mismo. ¿Susto o muerte? Sabía que estaba perdida, no era mayor de edad y, aunque se lo pidiera a su padre, no había opción de quedarse en casa. Cuando no puedes con tu

* — ¡Oh, eso es genial!

enemigo, lo mejor es que te unas a él y simules amistad. Kate, con toda la suavidad que encontró, le quitó de las manos el *abetojersey* y la invitó a abandonar la habitación.

— *I'll do it, mom**.

Gala se retiró con la satisfacción de los vencedores. Su hija, en contra de su voluntad, apilaba pantalones, jerséis varios, camisetas... «¿los patiiines?». Lo que no podía controlar era lo que su hija decidiera meter allí dentro. Al fin y al cabo, era su maleta y cargaría ella con el peso.

Adele, en cambio, como aspirante a *scout*, sabía perfectamente qué llevarse. Su maleta estaba prácticamente lista. Todo delicadamente colocado y ordenado en el interior. La pequeña, cuando se lo proponía, era extremadamente meticulosa, tan escrupulosa como su cirujano padre. Como si guardara un pequeño tesoro, cargó con los tres últimos libros de *Las crónicas de Narnia*.

— *I know, mom, it's only a week...***

Cada una de sus hijas con sus *hobbies* a cuestas. Poco podía decirles, ya que se las llevaba secuestradas a un pueblo que nada tendría que ver con su Nueva York natal. Miró el reloj, faltaba poco para que llegara Frederick. ¿Qué llevarse? Ropa de abrigo y lo más cómoda posible. Poco brillante y mucho vaquero.

— *Are we going on holidays?****

Gala detestaba el tono de superioridad que siempre acompañaba a las preguntas de Don Pluscuamperfecto.

* — Mamá, ya lo hago yo.

** — Ya lo sé, mamá, es solo una semana.

*** — ¿Nos vamos de vacaciones?

Había llegado la hora de la verdad y, aunque le costara, tragó saliva y le contó de corrido la aventura: llamada + difunta tía abuela + herencia + viaje + dinero + vuelta a casa. Sencillo, algo precipitado, pero sencillo. Frederick tardó unos segundos en reaccionar ante la concatenación de hechos y decisiones. Cinco segundos y... soltó una sonora carcajada.

—*Are you kidding me?**

No soportaba los planes sorpresa y, menos aún, los viajes. Ante la falta de reacción de Gala, se dio cuenta de que su mujer iba en serio con ese viaje + herencia + dinero + vuelta a casa. ¡Como si fuera tan sencillo! Gala era lista, pero tenía siempre serias dificultades para organizarse y el tiempo siempre era variable en ella.

—*Just a week?***

De nuevo ese tono irritante. Gala sintió el rubor en las mejillas, no soportaba la ironía de Frederick. Él trató de convencerla para que desistiera. No con ansias de ayudarla, sino por la nula confianza en la capacidad resolutive de su mujer. Insistía en que alguien podía tramitarlo a distancia, estaba claro que no era necesario estar presente:

—*Wouldn't it be easier through Skype?****

Don Pluscuamperfecto se lo tomaba a guasa, a locura pasajera, todo aquel arrebato de preparar maletas, pero al mismo tiempo sabía que cuando su mujer se empecinaba en algo era tan terca que, aunque supiera que si no frenaba es-

* —¿Me tomas el pelo?

** —¿Solo una semana?

*** —¿No sería más fácil por Skype?

trellaría el coche contra la farola, era capaz de no pisar el freno con tal de no dar el brazo a torcer. Se sentó en el sillón de la habitación y comenzó a prepararse para la ducha. Nada ni nadie podían echar a perder la ducha después del trabajo. Cuadrulado, meticuloso y hedonista, así era Don Pluscuamperfecto. Se desnudó delante de ella, muy despacio, lanzándole una a una las prendas que se iba quitando. Aunque lo intentó, Gala no pudo evitar mirar de soslayo el cuerpo de su marido perfectamente esculpido. Le daba rabia, pero no podía impedir caer en sus redes, sabía cómo hurgar en sus puntos débiles y activar su lado sumiso. Intentó aleccionarse de lo inadecuado de llevar la escena a mayores. No había tiempo que perder. Las niñas podían entrar en cualquier momento y, sobre todo, con tanto ajetreo y emociones, estaba entumecida de sudor y maloliente. Apartó como pudo la lengua de Frederick que iba directa a dispararle la libido.

—*Not now, please.**

Apenas le salió un hilillo de voz. Bajó la cabeza y tragó saliva. Él se arrodilló delante de ella. Le cogió la cara con las dos manos y la forzó a mirarlo. A contemplar su cuerpo desnudo, tremendamente erecto y listo para el envite. Frederick disfrutaba con aquello, le encantaba ser el amo en cualquier situación, y en el sexo, más. Gala se levantó tratando de interrumpir el hechizo. Frederick la detuvo con fuerza y, desde atrás, la embistió con ganas. Gala no logró evitar que sus caderas se movieran solas y se contonearan de placer. Su cuerpo reaccionaba siempre más allá de su voluntad y, aunque lo necesitaba, quería parar,

* —Ahora no, por favor.

era consciente de que él, nuevamente, tenía el poder. En apenas cinco segundos la había desnudado, metido en la ducha y abierto de piernas. El agua corría con fuerza, él la tenía presa, inmóvil. Le encantaba taparle la boca y que ella le mordiera. Gala necesitaba cariño, pero la brusquedad en el sexo le arrebatava toda la cordura. No podía evitar disfrutar de ese lado salvaje, de estar atrapada, de formar parte de un juego animal. Le escuchó jadear y no pararon hasta que lo descargó todo. Apenas un segundo más tarde, aplastada contra la pared y a riesgo de romperle una costilla, la soltó; libre otra vez pero con la dignidad a la altura de la alcantarilla. Gala salió de la ducha sin mirarlo, empapada y con ganas de vomitar. Frederick siempre había necesitado el morbo para funcionar, y ella echaba de menos el cariño, la seducción, el erotismo más allá de lo pornográfico; todo aquello que desapareció en apenas un año. Se vistió con el primer trapo que encontró y, como si nada hubiera ocurrido, siguió metiendo cosas en la maleta, intentando recuperar la magia perdida en aquella agresión consentida.

La pizza de *pepperoni* y extra de mozzarella acabó en la cara de Frederick debido a una cadena de acontecimientos que terminaron con el estallido y la definitiva pérdida de control de Gala. No era una cena cotidiana, sino cargada de iones negativos. Kate protestaba y le suplicaba a su padre que evitara ese viaje. Frederick sazonó la culpa de Gala a base de zarpazos de ironía y comentarios hirientes sobre esa decisión que, como otras muchas, tenía todos los números de terminar en un refrendado desastre.

— *You are always a master of positivity.**

Un desastre similar a cuando decidió aprender a hacer repostería y llenó la casa de postres tóxicos. O cuando se decidió por el deporte y se compró el kit completo para practicar *running*, se hizo socia de un exclusivo club de *running* y, en menos de una semana, colgó las deportivas y no volvió a pisar Central Park. Era demasiado aeróbico, así que probó con otras disciplinas como el pilates, el yoga, y de ahí a la meditación, al *mindfulness* y hasta le dio por probar el *pole dancing* porque sus amigas decían que era lo mejor para los abdominales. ¡Cierto! No era demasiado constante con las cosas, pero simplemente porque no había encontrado nada en lo que encajara y fuese con su condición: madre, ama de casa rica y casada con un respetadísimo cirujano que lo respeta todo menos a ella. No soportaba que Frederick la pusiera en evidencia delante de las niñas. Él, Don Pluscuamperfecto, que apenas aparecía por casa, pero que todo en él estaba bien. A ella la vida le aburría bastante y era cierto que, si no quería terminar como su madre, adicta a las operaciones y a las compras inútiles, necesitaba encontrar algo más que contemplar fotografías en el International Center. Por eso, aquel viaje podía suponer la liberación para montar el negocio que quisiera sin tener que escuchar sermones de su marido o su madre. Gala estaba convencida de que ESE era el viaje. No siempre dos más dos son cuatro y, aunque solo fuera por un tema de probabilidad, alguna vez algo le tenía que salir bien.

* —Siempre eres una maestra del positivismo.

— *You're fucking great. What more do you want?**

En ese preciso momento, como si se tratara de un acto reflejo, pilló el trozo de pizza de *pepperoni* y extra de mozzarella que quedaba en la mesa y, como si fuera un maestro napolitano, le dio un par de vueltas desde el otro extremo de la mesa, estiró el brazo y lanzó la pizza con toda la fuerza que pudo acumular. No tardó ni medio segundo en impactar de lleno en la cara de Frederick y, como si se tratase de un proyectil, trozos de *pepperoni* y mozzarella saltaron por los aires. Adele dejó de masticar y Kate soltó un taco y se le escapó la risa. No le había dado tiempo a quitarse los trocitos de *pepperoni* cuando fue rociado con todo líquido que Gala encontró encima de la mesa. Primero le lanzó la copa de vino, luego la Coca-Cola de Kate y terminó con el batido de arándanos que se estaba bebiendo Adele.

— *What the fuck are you doing? Are you crazy?*

— *You're gonna take us to the airport in less than five hours. So... you'd better take a shower.***

Gala abandonó el salón con un tembleque en las piernas, sin mirar atrás y dispuesta a terminar de hacer la maleta. Frederick y ella no volvieron a hablarse. Las llevó al aeropuerto, besó a las niñas... no sin antes clavarle una mirada de desagrado y superioridad, y se fue sin despedirse. Gala se sintió desvalida, más insegura que nunca. Tuvo la tentación de llamar a su madre y contarle toda la

* — Estás de puta madre. ¿Qué más quieres?

** — ¿Qué coño estás haciendo? ¿Estás loca?

— Nos vas a llevar al aeropuerto dentro de menos de cinco horas. Así pues... más te vale darte una ducha.

historia, pero podía ser peor el remedio que la enfermedad. Desde que había conocido a su *personal trainer*, su querida madre había perdido la poca conexión que tenía con la tierra. A estas alturas apenas se podía hablar con ella si no era de su quinta boda, las lacas de uñas y los milagros del ácido salicílico.

El viaje había sido largo y la llegada peor de lo que se imaginaba. Apenas consiguió dormir un par de horas y, aunque debía levantarse pronto, no podía moverse de aquel lamentable sillón orejero, pulgoso y de más de cien años. Todo en aquella casa era una reliquia; a la modernidad se la echó a patadas o, quizá, nunca supo llegar hasta ese recóndito lugar. Le escocían los ojos del agotamiento, era incapaz de pensar con claridad. Todo aquello comenzó a parecerle un simple espejismo: la llamada, el viaje, aquella casa...

Tal vez era solamente un sueño y, en ese momento, un sueño dentro de un sueño. Los párpados le pesaban, intentó levantarse, quería echar un vistazo a las niñas, pero el sillón orejero hizo de planta carnívora y la devoró.

—*Mommy... Mom?**

Esa voz que venía de muy lejos consiguió sacarla del pozo, de la oscuridad. Gala abrió primero los ojos, después cerró la boca y terminó limpiándose la baba que le había caído. Al ver a su hija Adele en aquel lugar pegó un brinco. «*Where the hell are we?*»,** fue su primer pensamien-

* —Mami... ¿Mamá?

** «¿Dónde demonios estamos?».

to antes de que su mente, en un fogonazo de lucidez, la pusiera en vereda: llamada, herencia, viaje, dinero, casa.

—¿Dónde está tu hermana?

Kate seguía completamente dormida, ni siquiera se había descalzado de puro agotamiento del viaje. Gala subió a la primera planta y, sin apenas reparar en los detalles, entró en el baño. Necesitaba poder darse una ducha antes de que el coche que las había traído las llevara a su cita con el señor Riudaneu. Asearse, estar en condiciones de recibir la buena nueva: convertirse oficialmente en heredera universal de Amelia Xatart. «¿A qué se dedicaría mi tía abuela? ¿Tierras? ¿Ganado?». No tenía ni idea de los menesteres del campo, Gala era urbanita y lo más rural que había hecho era ir al rancho a montar a caballo y darse un succulento festín. Después de dejar correr el agua un buen rato, desistió de la ilusión del agua caliente y decidió rociarse como los gatos. Sin apenas haberla inspeccionado, intuía que aquella casa necesitaba más que una puesta a punto... un derribo y volver a empezar. Las niñas se vistieron y la esperaron con la promesa incumplida de no tocar nada. ¡Aquel lugar era como la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones! Había miles de objetos, decenas de cuadros en cada pared y multitud de libros. Incluso a Kate, que seguía con el entrecejo arrugado, le entraron ciertas ganas de curiosear. Empezó por inspeccionar la vieja caldera; Kate disfrutaba montando y desmontando aparatos, odiaba leerse los libros de instrucciones y, como quien juega con piezas Lego, otro de sus *hobbies* era personalizarlos. Le maravilló aquel espécimen que, lejos de accionarse con gas

procedente de tuberías, iba conectado mediante una manguera de goma gorda a un enorme tapón de metal de una especie de bidón cilíndrico de color naranja. Jamás había visto algo parecido, pero estaba claro que era como una batería prehistórica. Aquello debía recargarse o cambiarse por otra igual si querían tener agua caliente. Aunque Adele le aconsejó que no lo tocara, Kate se fijó en que había otro cilindro naranja al lado sin manguera. Intentó moverlo, pero apenas pudo. Aquello pesaba más de lo que imaginaba. Comprobó que la manguera llegaba sin necesidad de mover la bombona. Solo tenía que quitar el tapón a una y colocarlo en la otra... Se apresuró a hacerlo mientras su hermana pequeña le lanzaba una mirada congelada y ella se mordía la lengua a causa de la excitación. Cuando estaba a punto de comprobar si su gesta había funcionado...

— ¡Ni se te ocurra tocar eso, Kate! Puede ser peligroso. Todo está muy viejo aquí y a la mínima... podemos salir volando.

La niña miró a su madre desafiante y, con la mano en un grifo, lo abrió sin parpadear. El sonido de la caldera en funcionamiento le dibujó una media sonrisa. Su mano buscó el agua sin despegar la mirada de su madre.

— ¿Piensas comportarte así toda la semana?

Percibió el cambio de temperatura en el agua y sintió plena satisfacción. Siguió mirando a su madre, con el agua corriendo. A Kate le podía el orgullo y, a veces, sentía que su madre había nacido sin él.

— ¡¡¡Kate!!! ¿Me has oído? ¡Cierra el grifo, por favor!
Turn off the fucking tap!

Lo cerró tan bruscamente como pudo, la cal y los años habían hecho mella en las juntas. Ella no había elegido estar en aquel lugar, pero desde luego no pensaba quedarse y vivir como una mendiga sin agua caliente, ni calefacción ni comida.

—Ya hay agua caliente... Arregla el resto o llévame a un hotel donde se pueda vivir. ¡Esta casa se cae a trozos!

Kate tenía razón, pero no quiso concederle el gusto. Aunque la casa se estuviera cayendo, no podía hacerle el feo a la muerta. Pensó que hacer pasar a las niñas unos días sin lujos ni sábanas de algodón era un buen aprendizaje de vida. Estaban demasiado acomodadas en el bienestar, en la buena vida y en tener cualquier cosa al alcance de la mano. «¿Qué hay de malo en vivir rústicamente durante una semana?». Gala vio la oportunidad de acercarse a sus hijas y convivir sin tecnología, conocerlas más y vivir las tres una experiencia parecida a una acampada en Fire Island, uno de los lugares preferidos de Adele. Kate no estaba en las mismas que su madre; caminaba con el brazo en alto y el móvil buscando cobertura sin éxito. Aquel lugar era peor de lo que su imaginación podía haber creado. Adele, en cambio, miraba a cada lado de la carretera, observaba las viejas casas curiosa por saber quién viviría allí, cómo sería la gente. «¿Habría niños con los que jugar?». Un enorme torreón dio a golpe de campana la hora acordada para la recogida: las once de la mañana. Al pasar por una pequeña plaza observaron lo que parecía una diminuta tienda de ultramarinos. Adele se fue corriendo para ver qué veía tras el cristal. Pegó su cara en él y la rodeó con sus

manitas para enfocar mejor. En el interior y sentada frente a una vieja estufa, había una anciana de pelo corto y blanco haciendo ganchillo. A la pequeña le pudo más la curiosidad y, antes de que llegara su madre, abrió la puerta y se metió en el interior. La mujer la miró de arriba abajo. Adele hizo lo mismo pero con menos severidad. Parecía muy mayor, jamás había visto tantas arrugas juntas. Reposando en un rincón, un bastón de madera tallada. Aquella mujer detuvo sus menesteres, se quitó las gafas y descubrió una intensa y fría mirada azul. Adele le sonrió y ella le dio la bienvenida con un pequeño lado de cabeza.

— *Vols alguna cosa, nena?**

Adele no entendió una palabra de lo que había dicho. ¡Estaba desdentada! Cuando hablaba, los labios se le metían hacia dentro. Aquello lo había visto solo en las películas, pero jamás tan de cerca. Sintió un poco de miedo. No pudo evitarlo y, en cuanto la oyó hablar con aquella voz salida de ultratumba, echó hacia atrás el cuerpo golpeándose contra unos estantes y lanzando al suelo varias cajas de galletas. Kate y Gala llegaron justo a tiempo para ver la escena y recolocar las cosas lo más rápido posible pidiendo, al mismo tiempo, decenas de excusas a la anciana que, inmóvil desde su silla, seguía las peripecias de las recién llegadas con cierta diversión. Ni Gala ni Kate pudieron evitar echarle un ojo a aquel lugar: era como una enorme despensa en el sótano de una casa, pero con una anciana en una esquina, delante de una estufa de hierro y un enorme tubo de latón, sentada tras un pequeño mostrador

* —¿Quieres algo, niña?

y, encima de este, una máquina registradora del paleolítico. «Si no fuera por ella, nadie diría que es una tienda». A Kate le gustó la máquina, pero intuyó que sería lo único que no se vendía allí. Con toda seguridad, allí debían de comprar los lugareños y, aunque no fuese el lugar perfecto, sí era el más cómodo y rápido para el primer avituallamiento.

—Buenos días... ¿ustedes llevan la compra a casa?

Adele estuvo a punto de decirle a su madre que aquella mujer hablaba otro idioma pero, para su sorpresa, la anciana... ¡respondió! y dejó a la pequeña boquiabierta.

—Aquí la gente se lleva lo que compra.

Su tono fue mucho más seco que con Adele. Parecía que el comentario de Gala la había molestado porque, sin apenas mirarla, se recolocó las gafas y volvió a su tarea de ganchillo. Como un conejo de la chistera, de detrás de la cortina salió un hombre con el pelo alborotado y la camisa a medio poner.

—No haga caso a mi madre. No le gustan las visitas. Si quiere se lo puedo acercar yo mismo.

Gala le agradeció la amabilidad y, sin apenas mirar a la anciana, se presentó.

—Soy Gala Marlborough y estoy en la casa de Amelia Xatart. Era... mi tía abuela, ¿sabe?

La mujer soltó el ganchillo, las gafas y alzó la cabeza. Examinó en silencio cada poro del rostro enrojecido de Gala, como si tratara de encontrar una muesca, una señal, un rasgo, algo que le resultara familiar. Apretó los labios, metiéndolos hacia dentro, lo que le hizo parecer más vieja de lo que era. Gala metió la compra en el cesto de mimbre

con la mirada de la anciana clavada en ella. No pronunció palabra, ni sonrió, ni dejó de mirarla. Para evitar un comentario ciertamente descortés, Gala terminó con contracturas en el trapecio de aguantar el envite de aquella pueblerina desprovista de educación. Kate aprovechó el despiste para colar chocolate y galletas varias. Adele, tres cajas distintas de cereales. ¡Eran su perdición! Entre las tres llenaron tres cestos con todo lo que se les ocurrió para sobrevivir a la semana. A la hora de pagar, cayó en la cuenta de que, con las prisas, no había sacado efectivo y, aparte de dólares, solo llevaba tarjetas.

—No tenemos para pagar con tarjeta, solo aceptamos efectivo. Pero no se preocupe. Me paga cuando le lleve la compra. ¿A qué hora le va bien?

No sabía qué decirle, porque no era capaz de calcular el tiempo que podía llevar una lectura de testamento. Era su primera vez y ya se sabe que las primeras veces siempre se está un poco más torpe. Quedó con él a primera hora de la tarde. Antes de despedirse, aprovechó para preguntarle si conocía a alguien que hiciera de manitas para revisar la caldera, los fuegos y la calefacción.

—¿Calefacción? Quizá algún radiador eléctrico, pero a gas... El gas no ha llegado a este pueblo, señorita.

Kate salió dando un portazo porque sabía que eso significaba que se iban a quedar toda la semana en aquellas cuatro piedras.

—Amat seguro que la ayuda. Él conoce muy bien cómo funciona esa casa. No se preocupe, yo le aviso de que usted ya ha llegado.

Gala se quedó pensativa con ese «ya ha llegado». ¿Qué había querido decir aquel hombre? Se llamaba Pau y era el hijo de Úrsula *La Guapa*, la anciana mujer de voz ronca, malos modales y poco amiga de los forasteros. Salió de la tienda agradeciendo la amabilidad de Pau y tentada de encararse con Úrsula. Adele opinaba distinto que su madre, aquella anciana pulgosa le había gustado y, además, le había dado caramelos al salir... ¡Qué más podía pedir! Se guiñaron un ojo y se despidieron con una minisonrisa cómplice. Si tenía que estar allí una semana, mejor empezar a buscar amigos, porque su hermana malhumorada no apuntaba maneras de convertirse en la mejor de las compañías. Úrsula no se parecía a la bruja de Blancanieves, estaba convencida de que era de las buenas; de las brujas buenas del pueblo.

Kate ya estaba metida en la parte de atrás del coche. Adele le ofreció caramelos más por cortesía que por querer compartirlos. Eran su primer tesoro en aquella tierra y tenía la intuición de que no iba a ser el único.

—¿Todos los abogados viven en un sitio así?

Gala estaba tan impresionada como sus hijas. Apenas llevaban veinte minutos en el coche cuando llegaron frente a una gran puerta de hierro que se abrió al segundo de detenerse el coche. Tras la puerta, un largo camino por una arboleda majestuosa, repleta de pinos gigantescos. No eran ni mucho menos las secuoyas del parque Wellington, pero sobrecogía pasar por debajo. A Gala se le aceleró el corazón, sin duda aquello era una señal de buen augurio. Un lugar

así solo podía conducir a una buena herencia. Al final del camino había una gran casa de piedra, provista de un amplio porche de arcos y tres gruesos escalones que engalanaban el enorme portón de madera maciza.

Nada más salir del coche, dos grandes perros salieron a su encuentro. La única que se asustó fue Gala; las niñas, mucho más intrépidas, jugaron cada una con uno. Desde que habían llegado, era la primera vez que veía a Kate sonreír. Desde que había cumplido los 13, no resultaba tarea fácil, la adolescencia le estaba agriando el carácter.

Las dos prefirieron quedarse en el jardín un rato, mientras su madre cruzaba el portón, atravesaba un amplio salón con una chimenea medieval y subía por una enorme escalinata forrada con alfombra roja y cuadros de personas en las paredes. «¿Aquí todo el mundo se hace pintar un retrato?». Aquel lugar pertenecía sin duda a otra época y no al siglo XXI donde, si quieres, hasta las fotografías digitales se autodestruyen apenas cinco segundos después de haber sido vistas. Gala no lo criticaba, ni siquiera tenía un adjetivo para describir aquel lugar; lo que le ocurría simplemente era que padecía de incapacidad para digerir aquellos escenarios que, lejos de ser el decorado de una película, existían de verdad, y lo más llamativo era que ¡había gente que vivía así! «¡Quizá estoy exagerando un poco! Al fin y al cabo, los amish también viven en el pasado y eso también es Estados Unidos». Cuando la realidad la sobrepasaba, Gala solía hablar en alto, reflexionar escuchándose la voz; le parecía que de ese modo resolvía el embrollo mucho antes. Viendo aquellas paredes, no podía evitar que

cierto patriotismo comparativo le sobreviniera a la cabeza. Nunca había sentido, como Frederick, la bandera como estandarte, pero estar tan fuera de lo acostumbrado le hacía agarrarse a un clavo ardiendo y era cuando se sentía más americana que nunca.

El chófer la había dejado a solas en una habitación de tamaño proporcional a la casa. Esperó sentada en una de las veinte sillas que rodeaban la mesa. Otra habitación con chimenea. «¿Cuántas habitaciones habrá? ¿Todas con chimenea?». Antiguas herramientas de arar decoraban las paredes junto a algunas fotografías de gente muerta. No le gustaban las fotos de gente muerta, una gran contradicción para alguien a quien le apasiona la fotografía y sueña con hacer retratos. Pero la vida hay que aceptarla con sus incoherencias, con sus mensajes imposibles de descifrar y paredes llenas de imágenes de gente muerta.

— ¡Señora Marlborough! Ha llegado usted muy puntual a nuestra cita. ¿Cómo les resultó el viaje? ¿Largo? ¿La casa? ¿Descansaron? Apenas, supongo...

¿Por qué no dejaba de hacer preguntas? El señor Riudaneu parecía más nervioso que Gala y, en vez de respirar y recorrer el camino en silencio, lo hizo a riesgo de la asfixia y avasallándola. Gala se concentró en la bienvenida y, extendiéndole la mano, como le había enseñado su madre, lo recibió cortésmente, con amplia dentadura pero corta sonrisa. Riudaneu miró el reloj de pared, marcaba las doce menos dos minutos. Se sentó cuatro sillas más allá de Gala y dejó encima de la mesa un par de pesadas carpetas.

— Esperamos al notario, sin él no puedo proceder a la lectura de testamento. Y... Amat llegará a mitad.

— ¿Amat? — Ese nombre le resultaba familiar...

Adele y Kate exploraron el vergel con los dos canes que les hicieron de guía. Aquel lugar estaba rodeado de tierras con pequeños árboles de tronco retorcido.

— ¿Por qué conservan esos árboles si están muertos?

Kate miró divertida a su hermana. Adele era muy intrépida, pero demasiado pequeña para darse cuenta de que no estaban muertos y de que de ahí brotaba la uva.

— Y con mucha paciencia, trabajo y esfuerzo... ¡sale un vino de primera!

Las dos se giraron para ver de dónde salía esa voz. Una mujer, con un pañuelo en la cabeza y las manos llenas de crema, reposaba en un banco frente a los viñedos. A su lado, un capazo de mimbre con decenas de cremas y los dos canes que, dando por terminado el paseo, se habían estirado con la lengua fuera de tanto correr.

— ¡Hola! Me llamo Adele.

Adele estaba empeñada en hacer amigos y, a falta de niños... no le importaban los mayores. Kate fue un poco más arisca, no solo no se presentó sino que, como forma de desaprobación, le dio una patada con toda la fuerza que pudo a esa tierra, provocando una buena polvareda.

— Yo, Teresa. Teresa Forgas, de Bodegas Forgas. En esta casa nos dedicamos a hacer vino, ¿sabes?

Adele estaba encantada con aquella nueva amiga, los perros y las cremas. Sin pensárselo, se sentó con ella e hizo que le pusiera crema en las manos para empezar a embadurnarse. ¡Le encantaba llenarse de crema! De mayor quería comprarse todas las cremas del mercado y hacerse masajes en los pies, las manos, las piernas, la cara. Como se los hacía su madre y, cuando podía, ella misma. Kate, al primer despiste, aprovechó para darse a la fuga y perderse la clase magistral de potingues que le interesaban lo que a un pez la tierra.

Sin pensárselo dos veces, entró en aquella mansión de piedra de la Edad Media y se paseó como si fuera suya. Subió y bajó escaleras sin encontrarse con nadie.

—¿Holaaa?

Jugó al eco, esperando respuesta no solo de las paredes. Llegó a una gran sala con dos enormes sofás y un televisor de la era cromañón. «¿No ha llegado el plasma a este país?». Se repantingó en el sofá sin quitarse las deportivas, encendió la tele y, en menos de diez minutos, se había quedado en modo *off*. Aparte del Roller Derby y de personalizar aparatos, Kate adoraba dormir. Era un lirón y tenía un máster en quedarse dormida en los sitios más insospechados: incluso un día lo consiguió en el MoMA y de pie, mientras su madre contemplaba aquellos cuadros sin gracia que los expertos habían decidido llamar ¿obra de arte? «¡El arte, en la calle, con los grafitis!». Siempre terminaba diciéndole lo mismo a su madre para que le entrara en la cabeza que ella no era bicho de museos, pero su madre sí y ella, una menor dependiente hasta la mayoría de edad.

— A ver si lo he entendido bien... ¿No soy heredera universal? ¿Me ha hecho cruzar el Atlántico para decirme que solo me corresponde un tercio de sus posesiones?

Gala estaba a punto de perder la compostura. Aquel testamento era un despropósito y su tía abuela una mujer con grandes dosis de maldad y ganas de reírse desde el más allá.

— ¿Como que para ser heredera universal debo encontrar al autor de un cuadro? Me está usted tomando el pelo, ¿verdad?

— Lo mismo que usted ha escuchado es lo que yo le he leído. Así son los deseos de Amelia. Como única familiar y por ley, le corresponde la legítima, pero si desea la totalidad de la herencia, es decir, los dos tercios de libre disposición, deberá devolver *La mar* a quien lo pintó.

Parecía una pesadilla, pero era del todo cierto que su tía abuela había organizado una estúpida gincana para hacerla heredera universal, para que Gala se quedara con la totalidad de los bienes. La americana estaba furiosa consigo misma por haber ido tan lejos y por hacer caso a las dichas señales. Estaba claro que no podía volver a casa sin la herencia y no le podían decir a cuánto ascendía sin aceptar una de las dos opciones: ¿juego o la legítima? Frederick seguro que la humillaría durante años si se enteraba de aquello, así que no le quedaba otra que, aunque hubiese ido para una semana, intentar ganar la partida.

— ¿Y quién es el autor? ¿Cómo se llama?

Riudaneu se encogió de hombros y encorvó los labios hacia abajo. No tenía la más remota idea. Aunque le re-

cordó que en el testamento, aunque no hablaba de dinero, sí lo hacía de posesiones: la casa y un pajar del que heredaría solo la mitad.

—¿La mitad por qué? ¿Y si encuentro al misterioso pintor también?

Así lo decía el testamento. En ese mismo momento entró precipitadamente un joven de apenas 40 años con rojeces en la piel y empapado de sudor.

—*Ja heu començat, oi? No passa res. Ja li vaig dir al Vicent que féssiu, que féssiu...**

¿En qué idioma hablaba aquel hombre tan tosco? Le pareció de muy mala educación que entrara a bote pronto, interrumpiendo la lectura, sin presentarse, ni excusarse y hablando un idioma que ella no entendía. Iba poco aseado, con las manos manchadas de lo que parecía pintura y las uñas roñosas. El asco le bastó para evitar siquiera el contacto en las presentaciones.

—Soy Amat Falgons, el socio de Amelia Xatart y... ahora el suyo. ¡Tenía ganas de conocerla! ¡Bienvenida!

¿Socio? ¿Qué significaba aquello? Gala no tenía la intención de relacionarse más allá de esa interrupción con aquel hombre y, menos aún, ser socios en nada. Las buenas maneras repentinas no le iban a sacar de la desastrosa primera impresión y las inoportunas formas de presentarse a una lectura de testamento: tarde y marrano.

Riudaneu prosiguió con la lectura. La del pajar, aquella que al parecer les afectaba a los dos: socios al cincuenta

* —Ya habéis comenzado, ¿no? No pasa nada. Ya le dije a Vicens que hicierais, que hicierais.

por ciento del cobertizo y del contenido del mismo, así como del negocio: VellAntic.

—Y me puede decir qué es eso de Vell... Mmm...

—VellAntic es una empresa que fundó Amelia que se dedica a la restauración de muebles antiguos. Auténticas joyas de por aquí y de Europa. Compramos, reparamos y vendemos. También podemos reparar solo, pero tienen que ser piezas de cierto valor, si no... recomendamos buenos ebanistas.

—Anticuarios, ¿no?

A cada línea que conocía de ese testamento se sentía más decepcionada. Ella había soñado con una gran cuenta corriente, una casa parecida a donde estaban y todo tipo de adjetivos similares al lujo rural. Había recibido varias tazas de lo opuesto: una casa llena de polvo, poca luz y un pajar repleto de muebles antiguos. Estaba demasiado espesa para procesar manteniendo la cordialidad. Dejó que Riudaneu terminara con el *show*, aunque poco le quedaba por detallar. Nada más terminar la lectura, firmó la conformidad a regañadientes, recogió su copia y salió sin apenas despedirse de nadie. O salía de allí y gritaba, o era capaz de estrangular a alguno de esos hombres de manos ásperas y gruesas.

—¡Kate! ¡Adeeele! ¡Kaaate!

La primera en llegar fue Adele. Olía a una mezcla de potingues perfumados que la mujer del banco le había ofrecido para que se untara generosamente la piel. Gala apenas quiso reparar en la extraña mezcolanza de aromas de su hija, que poco tenía que ver con aquel entorno. Necesitaba largarse cuanto antes y no le quedaban energías para

más adivinanzas. Kate no aparecía, ni se daba por aludida a las llamadas de su madre. Estaba a punto de blasfemar cuando salió por la puerta junto al hombre descortés y, según el testamento, nuevo socio de Gala. Estaba despeinada y con marcas en la cara.

—Se había quedado dormida en el sofá. Es hora de comer... ¿Quieren que las invite en el restaurante de La Muga?

Adele, mucho más rápida que su madre, gritó un «yes!» impetuoso y difícil de contradecir. Gala cerró un puño para contener la rabia y, apretando la mandíbula, puso la mejor de las caras que encontró para aceptar la invitación.

—¿Eso es un sí?

Ese hombre, aparte de poco aseado, no podía ser más impertinente, pero dadas las circunstancias, lo necesitaba: ella no quería ser socia de nadie y menos de él, así que debía vender su parte y él comprársela al mejor precio.

—Sí, aunque supongo que antes de comer se aseará un poco...

Aunque fuera un comentario descortés, Gala no pudo evitarlo. Miraba esas manos y sabía que compartir con ellas la misma mesa era buscarse el vómito seguro. Amat se las miró y, con una sonrisa que no escondía ofensa, le dio la razón sin excusarse.

—Señora Marlborough, en La Muga ¡vivimos de la tierra y nos manchamos las manos!

Al terminar la frase silbó con fuerza y, en menos de treinta segundos, apareció un precioso caballo de pelaje gris

en el que Amat se montó y desapareció después de lanzarle a Gala una mirada desafiante. Las tres se quedaron sin reaccionar ante la sorpresiva escena. ¡Un caballo gris salido de la nada! Kate volvió a sonreír y se metió en el coche. Adele hizo lo mismo, no sin antes extender el brazo y mover la mano para despedirse de la mujer del banco que no solo le había regalado cremas sino que también le había desvelado un secreto: aquella tierra era la Tierra de las Mujeres. Adele, que estaba en lo más interesante cuando su madre la llamó, solo tuvo tiempo para una pregunta:

—¿Por qué se la llama así?

—Solo si te conviertes en una de ellas podrás entender. Las cosas no siempre son como se ven; a veces todo lo que parece no es y lo que es se aparece solo a unos pocos.

Aquella mujer comenzó a hablar de forma encriptada para Adele, apenas entendía nada de sus palabras, pero le gustó que esa tierra tuviera un nombre. ¡La Tierra de las Mujeres! Poco podía imaginar la pequeña exploradora del poderoso secreto que albergaba aquel lugar que apenas había salido a recibirlas. Era una tierra de buena siembra cuyo ciclo no se alteraba porque respetaba los órdenes establecidos de la madre naturaleza. Teresa lo sabía y por eso había decidido compartir con la más pequeña de las tres, con Adele, el primero de los muchos secretos que albergaba aquel lugar.

Adele no es que entendiera mucho, pero estaba excitada con aquel secreto. Quizá era un lugar mágico, con animales extraños, mujeres extrañas y arbolitos arrugados. Fuera lo que fuese esa tierra, ahora ella también era por-

tadora de ese secreto y, como exploradora, tenía que averiguar qué significaba ser una mujer allí. Imbuida por sus propios pensamientos y la emoción, bajó la ventanilla del coche y, antes de abandonar aquel camino de arboleda, sacó el brazo por la ventanilla y le hizo al viento el saludo de los *scouts*: «*Always, always be prepared!*».*

* «¡Siempre, siempre lista!».